

Desde febrero de 2007, a lo largo de casi cien entregas, las páginas de esta *Revista* se vieron honradas con una colaboración mensual de título “Lo que sea de cada quien”. Su autor ahí recuperaba episodios —algunos chuscos, otros emocionantes, todos ellos significativos— de su vida literaria y periodística: amistades y enemistades, epifanías y decepciones, travesías que a menudo vinculaban los espacios de la juventud impetuosa y la madurez escéptica y que lo mismo incluían a escritores, editores, actores, reporteros, representantes de la Iglesia católica, empresarios y un generoso etcétera. En esos textos, a medio camino entre la autobiografía y la confesión, siempre brillaba no sólo la franqueza estricta y juiciosa del memorioso que, guiado por el dicho que daba título a su columna, se planteaba el cometido de reconocer méritos y no olvidar las fallas de sus personajes, sino también su prosa: ejercicios de estilo de un maestro de la precisión, la fina malicia y la inteligencia en los tratos con el idioma.

Su autor, Vicente Leñero, ha dejado ya este mundo. El miércoles 3 de diciembre, las noticias desalentadoras que sobre su salud nos habían asaltado en los últimos tiempos —asunto sobre el cual él pidió un respetuoso silencio— hablaron de su partida final, a la edad de 81 años. Ahora tenemos la honorable tarea de consignar su pérdida, y la grata misión, que emprendemos en este número a modo de homenaje, de recapitular su polifacético legado.

Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, recipiendario de premios tan prestigiados como el Biblioteca Breve, el Xavier Villaurrutia y el Nacional de Ciencias y Artes, Vicente Leñero se convirtió en un ejemplar notable de la estirpe, por lo demás fecunda, de polígrafos mexicanos del siglo XX, esa que incluiría a nombres vitales como los de Alfonso Reyes, Octavio Paz o José Emilio Pacheco: escritores para los que el campo de la literatura es un universo amplio y abierto, y en el que las fronteras genéricas no implican la menor prohibición creativa. Leñero sumó en su nómina de hacer literarios tanto cuentos, novelas y obras teatrales como crónicas, reportajes y guiones de cine. Lo mismo practicó con rigor y ambición el *nouveau roman* y la *non fiction novel* que puso altas exigencias del teatro documental; supo revitalizar la escritura cinematográfica con audacias estructurales inéditas y formó parte de una generación de periodistas críticos comprometidos con las luchas por la justicia en el país. Lo que llamaríamos la Constelación Leñero incluye luminarias inaplazables como las novelas *Los albañiles*, *Asesinato* y *La vida que se va*, los guiones de los filmes *Cadena perpetua*, *El callejón de los milagros* y *La ley de Herodes*, las piezas teatrales *Pueblo rechazado*, *¡Pelearán diez rounds!* y *La visita del ángel* y las estaciones periodísticas del viejo *Excélsior* y la imprescindible *Proceso*.

Con un itinerario creativo así de fructífero y un temperamento señalado siempre por el alto compromiso humano, resulta fácil comprender el desaliento y la tristeza que la partida de Vicente Leñero ha traído a los integrantes de esta *Revista*. Hasta siempre, querido y admirado Maestro.

Otro gran maestro que se fue, hace exactamente un año, llevaba el nombre de José Emilio Pacheco, cuya inmensa aportación a las letras mexicanas es ponderada con inteligencia y emoción por el novelista Álvaro Uribe, el autor de *El taller del tiempo* y *Autorretrato de familia con gato*, entre otros títulos.